

# EL RETO DEL PENSAMIENTO CRISTIANO EN LA *FIDES ET RATIO*

JOSÉ MANUEL FIDALGO

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Navarra

## The challenge of Christian thought in the *Fides et Ratio*

Modernity has imposed certain ways of thinking and certain conceptual schemata that hinder, to a large degree, man's route towards the truth. God's concealment of truth and man's corresponding search take on new meanings and wide horizons to the degree to which we, shedding our prejudices, take revelation seriously. The degree to which we take God seriously, to which we look at the world from His perspective, the most human phenomena take on new intelligibility: God plays with men in scientific research. Original sin sets itself up as a truth that clarifies difficulty inherent in the intellectual task of searching for truth that man has been summonsed to.

“Es gloria de Dios ocultar una cosa, y gloria de los reyes escrutarla” (Prv 25, 2). Comienzo con esta cita de Proverbios como punto de partida para esta pequeña reflexión. No voy a realizar ningún desarrollo teológico o filosófico desde ella (lo cual, por otra parte, sería legítimo y valioso), sino que mi pretensión es más sencilla: me parece una frase sugerente que me da pie a desarrollar unas ideas en torno al pensamiento cristiano que, a mi juicio, tienen una especial importancia en el contexto cultural en el que nos encontramos. Lo que pretenden estas páginas, por tanto, no va más allá de un humilde homenaje en forma de ensayo a la última Encíclica de Juan Pablo II *Fides et Ratio*. Un homenaje de admiración que nace de la profunda convicción de la importancia capital que encierran esas pocas páginas del documento para la historia del pensamiento. La Encíclica supone, sin duda, un panorama apasionante y un reto atrevido para un auténtico pensamiento cristiano que se presenta, con optimismo, a las puertas del tercer milenio.

“Es gloria de Dios ocultar una cosa, y gloria de los reyes escrutarla”. La frase está citada en el punto 17 de la Encíclica. Dice así: “No hay,

pues, motivo de competitividad alguna entre la razón y la fe: una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización. El libro de los Proverbios nos sigue orientando en esta dirección al exclamar: ‘Es gloria de Dios ocultar una cosa, y gloria de los reyes escrutarla’. Dios y el hombre, cada uno en su respectivo mundo, se encuentran así en una relación única. En Dios está el origen de cada cosa, en Él se encuentra la plenitud del misterio, y ésta es su gloria; al hombre le corresponde la misión de investigar con su razón la verdad, y en esto consiste su grandeza”.

El racionalista moderno que todos llevamos dentro nos insinúa enseguida algo parecido a lo siguiente: se trata, sin duda, de unas bellas frases, formalmente bien construidas, con un claro valor estético e, incluso (en un alarde de condescendencia) resulta interesante; desde su carácter simbólico y metafórico apunta (¿qué duda cabe!) hacia una realidad inaccesible, llena de luz, cuyo sentido último se nos escapa inexorablemente... Dejemos a un lado, aunque sea por un breve lapso de tiempo, nuestros prejuicios y hagamos el esfuerzo de pensar en serio, de pensar con audacia, de manera auténticamente abierta a las posibilidades de lo real.

“Es gloria de Dios ocultar una cosa, y gloria de los reyes escrutarla”, ¿qué perspectivas se abren aquí si nos tomamos realmente en serio esta afirmación?

### *El ocultamiento de la verdad como juego de Dios*

Se presentan aquí panoramas insospechados. ¿Qué quiere decir la frase? Que la grandeza de Dios se manifiesta en ocultar la verdad y la grandeza del hombre en explorar, en investigar lo que Dios ha escondido. Es gloria de Dios ocultar la verdad y la realeza de los hombres (su grandeza) es buscarla. Viene a ser algo así como un juego. Sin duda, lo primero que nos recuerda es un tipo de juego. Se trata del juego del escondite. Dios esconde una cosa y al hombre le toca buscarla. Así de sencillo. Dios juega al escondite con los hombres.

No hay duda de que se trata de la explicación más sencilla que cabe dar de este fenómeno constante en toda la historia de la humanidad y... en la vida de toda persona: el ocultamiento de la verdad. ¿Por qué cuesta tanto alcanzar la verdad? ¿Por qué no es algo que pueda alcanzar sin más? En definitiva, para eso está el conocimiento: para conocer bien la realidad. Resulta tan natural el deseo de saber, el deseo de verdad. Este deseo, como recuerda Juan Pablo II en su Encíclica, es algo inherente a todo hombre: “Todos los hombres desean saber (Aristóteles, *Metafísica*,

I,1) y la verdad es el objeto propio de este deseo. Incluso la vida diaria muestra cuán interesado está cada uno en descubrir, más allá de lo conocido de oídas, cómo están verdaderamente las cosas. El hombre es el único ser en toda la creación visible que no sólo es capaz de saber, sino que sabe también que sabe, y por eso se interesa por la verdad real de lo que se le presenta. Nadie puede permanecer sinceramente indiferente a la verdad de su saber. Si descubre que es falso, lo rechaza; en cambio, si puede confirmar su verdad, se siente satisfecho. Es la lección de San Agustín cuando escribe: ‘He encontrado muchos que querían engañar, pero ninguno que quisiera dejarse engañar’ (*Confesiones*, X, 23,33: CCL 27, 173). Con razón se considera que una persona ha alcanzado la edad adulta cuando puede discernir, con los propios medios, entre lo que es verdadero y lo que es falso, formándose un juicio propio sobre la realidad objetiva de las cosas”.

La verdad no es algo patente o evidente, algo que está ahí y no hay más que “echarle un vistazo”. Averiguar la verdad acerca de algo requiere siempre una actividad por parte del hombre. Como, sin duda, queda claro a lo largo de la historia del pensamiento, la verdad es un trascendental, pero relativo; hace referencia al conocimiento, y sin éste no se da la verdad: la verdad “nace” como fruto de la actividad cognoscitiva. Es experiencia común el ocultamiento de la verdad. La verdad no se deja apresar sin más, cuesta encontrarla, no es fácil, requiere esfuerzo, a veces, tenacidad. La verdad no se me impone, no “salta a la vista”. Creo que no es necesaria una justificación de estas afirmaciones: la historia del pensamiento es el esfuerzo por progresar en la verdad en extensión e intensidad. Toda la actividad humana es, en última instancia, una búsqueda de la verdad, ya sea teórica, práctica o personal. Pero sí cabe en varias preguntas: ¿por qué?, ¿por qué es difícil la verdad?, ¿por qué se resiste?, ¿por qué está oculta?

Cabe una explicación muy sencilla: alguien la ha escondido. ¿Cómo es posible que algo que está ahí delante, ante mis ojos –pongamos por caso, un árbol, un árbol cualquiera– sea una realidad tan compleja? ¿Qué dificultades para penetrar su realidad! ¿Qué tarea tan ardua indagar su funcionamiento! ¿Qué esfuerzo tan agotador desvelar, ligeramente, los misteriosos porqués de su naturaleza! Llevamos siglos desentrañando la realidad y sigue habiendo una zona abismal que se nos escapa, un auténtica tierra inhóspita e inexplorada. Da la impresión de que, en la medida en que avanzamos más en nuestros conocimientos, aparecen nuevos aspectos desconocidos, de modo que hay una especie de “zona de misterio” en toda la realidad, que nunca sabemos la extensión que tiene ni la forma que va a adoptar en el futuro ante el avance de la investigación. ¿En qué consiste esta zona de misterio? Lógicamente no lo sabemos (por eso es una zona de misterio), pero sí podemos

describir su presencia constante en el conocimiento: intuimos que algo se nos escapa en la explicación de la realidad. Esa intuición adquiere, en ocasiones, una claridad cegadora. Son esas ocasiones en las que nos encontramos frente a frente con el misterio. Son las mismas ocasiones en las que nos encontramos frente a frente con la verdad. Verdad y misterio van siempre unidos. Lo podemos observar y experimentar en circunstancias cotidianas de la vida, especialmente en aquellas en las que hay, por llamarlo de algún modo, una gran densidad de realidad. Se trata de esas situaciones en las que alguien encuentra algo grande, tanto en su versión positiva (un amor, un descubrimiento genial, un sentido profundo de la vida, una vocación y un ideal que otorga una nueva y deslumbrante dirección a la propia existencia) como en su versión negativa (un dolor, una muerte inesperada de alguien querido, una enfermedad terrible, un desengaño, una traición). Todos estos acontecimientos “de la vida misma” están traspasados por una gran densidad existencial y en ellos late la presencia del misterio, un no entender lo que ocurre, un “por qué” sin respuesta.

Toda verdad tiene algo misterioso, algo que se me escapa, algo que impide al conocimiento una actitud de autosuficiencia. Todo conocimiento se topa con una zona de misterio. En la medida en que ese conocimiento es más elevado o más importante, más denso es el misterio. El mismo progreso científico lo deja traslucir: en cualquier dirección de la investigación científica, tanto en la investigación del cosmos, como en análisis de las estructuras atómicas de la materia, tanto en el estudio de la vida, como en la sociología o la historia, nos enfrentamos siempre con lo inexplicable, con algo que se escapa, que no se deja apresar en una explicación cerrada. No hay, en verdad, sistemas cerrados en la explicación científica de la realidad. Ante esto caben dos grandes posturas. Cabe atrincherarnos en el ya aguado ideal racionalista ilustrado del progreso indefinido diciendo que esos misterios serán desvelados en la medida en que avance la ciencia; o admitir que la realidad no es un sistema cerrado y que el misterio es esencial a toda explicación y a toda investigación del mundo.

Ahora bien, si la zona de misterio es algo esencial en la realidad, ¿hasta dónde puede llegar el saber humano? y ¿vale la pena una investigación en la que, desde el inicio, sabemos que no va a tener un final definitivo?, ¿es posible investigar si la realidad va a mantener una terca salvaguarda del misterio? Pienso que estas preguntas están mal formuladas porque encierran una postura existencial no justificada; encierran una actitud de autosuficiencia que priva al conocimiento de sus más altas capacidades. Pues bien, ahí se manifiesta el gran reto del conocimiento en esta entrada al próximo milenio, el cambio de actitud que la cultura de esta época ha de dar: *admitir que no hay un “hasta dónde” del conoci-*

*miento humano*; en el fondo, el ideal ilustrado es un recorte pesimista de la capacidad humana: el hombre siempre puede ir a más con tal de que admita que no va a conseguirlo todo nunca: la razón no lo va a conseguir todo (como diría la Ilustración), sino que va a continuar consiguiendo “más”, pero “sin todo”. Nunca se acaba, nunca se llega al final, siempre hay más. La totalidad no es alcanzable por el hombre: le será dada.

¿Qué significa todo esto? En el fondo es admitir que Dios juega con los hombres. ¿Y qué es sino un juego ese esconder Dios las cosas para que el hombre las tenga que buscar? En el fondo la existencia es un juego. A la mente moderna le cuesta admitir esto. La modernidad que abandonó a Dios se ha tomado “muy en serio” al hombre y las cosas humanas. Se ha tomado muy en serio la naturaleza. Una seriedad que ha llevado al hombre moderno a un sentido trágico de su existencia y de su muerte. La existencia cristiana nunca es una existencia trágica. La seriedad moderna ante la existencia no es cristiana. Cabe, desde luego, hablar de una seriedad cristiana; pero, en modo alguno, tiene que ver con la seriedad seria de la modernidad. La seriedad cristiana está llena de buen humor, de alegría. No puede ser de otro modo. La existencia cristiana es una existencia llena de sentido, con unas reglas claras, protegida por Alguien que “lo puede todo” y que, a la vez, “está de mi parte”. La existencia cristiana se vive siempre en una confianza alegre. Pues bien, esto es la esencia del juego: sentido, reglas claras y final asegurado. En el juego de la existencia cristiana todo es seriedad alegre o alegría seria.

En esta perspectiva se entiende lo que afirmábamos sobre el ocultamiento de la verdad. Está inmerso en el juego de la existencia. El hombre ha de buscar más verdad siempre aun sabiendo que todo no lo alcanzará por mí mismo: al final me será dado por Dios. Se trata de un “no digas nunca basta” en la búsqueda de la verdad. Sin duda cabe la renuncia: pues si no voy a conseguirlo todo, lo dejo. Es algo así como: ¡como no me sale, lo rompo y me enfado! Por eso hablo aquí de un cambio de actitud, porque es una cuestión de actitud cultural y, en definitiva, de actitud personal. La cultura humana tiene que dar un salto de madurez espiritual. Esta madurez se manifiesta en la aceptación de la existencia tal y como es: en su carácter serio y alegre al mismo tiempo. El hombre maduro espiritualmente es aquel capaz de aceptar las reglas para poder jugar en la existencia sin quererle imponer. La modernidad ha sido, a mi juicio, una fase espiritual adolescente en la historia de la humanidad; la Ilustración un momento de radicalidad y euforia de esa fase; la situación actual es la crisis de desconcierto al comprobar que el ideal ilustrado no era viable. La situación actual se describe lúcidamente como el desconcierto final de una crisis adolescente. La tarea

que tenemos por delante es avanzar en madurez tras esta crisis, conociéndonos mejor (hemos aprendido mucho acerca del hombre en estos últimos siglos, y especialmente de los errores). Tenemos el reto de forjar un proyecto humano elevado y noble desde un conocimiento mejor de nuestras capacidades y nuestros límites.

Dios oculta la verdad en un juego que nos implica en su misma vida y nos ayuda a superarnos a nosotros mismos. Esto es, la presencia de Dios en el conocimiento humano. Dios se manifiesta en que el conocimiento no acaba. Dios se manifiesta en la presencia del misterio en el conocimiento humano. Misterio que hay que aceptar como tarea dada para el conocimiento.

Esta presencia del misterio queda apuntada en un texto de Romano Guardini: “Por su propia esencia, el conocimiento quiere conocer la totalidad de lo que hay, y eso que hay quiere conocerlo totalmente. Penetra cada vez a mayor hondura en lo oscuro, con la finalidad de iluminarlo; en lo cerrado, con la finalidad de abrirlo; en lo ajeno, con la finalidad de hacerlo propio. Como una realidad inabarcable y desazonante se extiende la naturaleza en torno al hombre, y éste intenta dominarla. Pero cuando más avanza en su tarea, más profundamente percibe su incapacidad. El conocimiento que hace sus primeros ensayos se sobrealora a sí mismo; pero cuanto más maduro se vuelve, tanto más profundamente percibe que lo desconocido es mucho mayor que lo conocido. Se ha dicho que el conocimiento es como una esfera: cuanto más grande se hace, tanto mayor es el número de puntos de contacto que tiene con lo que se encuentra fuera de ella. Cuanto más conoce un hombre y cuanto más profundo es su conocimiento, tanto más fuerte es su conciencia de lo que no conoce. El avance del conocimiento revela ser un movimiento al que no se le ve ningún término. Y no es sólo esto. El hombre advierte, cada vez con mayor claridad, lo siguiente: Yo sé como están hechas las cosas; sé cómo se comportan; sé cuáles son las relaciones que mantienen entre sí. Pero no sé lo que son. Precisamente la exactitud de la comprensión científica, tal como se expresa en el concepto y en la ley, le hace sentir al hombre que su exactitud gira en torno a algo desconocido. Cuanto más claro aparece el ‘cómo’, tanto más oscuro se vuelve el ‘qué’. El entendimiento puramente racionalista se da por contento con esto. Se envanece con la claridad de sus conceptos y la exactitud de sus leyes. En los espíritus más profundos aparece, sin embargo, en medio del conocimiento científico, el sentimiento de extrañeza de las cosas. Es como una oscuridad dentro de la misma luz” (*Unterscheidung des Christlichen*, trad. en *Cristianismo y Sociedad*).

*El ocultamiento de la verdad como castigo de Dios*

Es interesante no perder de vista este otro aspecto de la historia humana: el pecado original. Realmente sin el conocimiento explícito del pecado original es imposible hacerse cargo de las vicisitudes de la existencia humana. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* en su punto 407: "... ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres". A mi modo de ver es imposible hacerse cargo de la historia del pensamiento sin admitir esta "ruptura original" en la naturaleza humana, consecuencia de un mal uso que hicieron las dos primeras personas de su libertad. El misterio de la dificultad de alcanzar la verdad queda clarificado a la luz de la historia del pecado de nuestros primeros padres. Dice el mismo *Catecismo* en su punto 400: "La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales sobre el cuerpo se quiebra; la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones; sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio. La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace extraña y hostil. A causa del hombre, la creación es sometida 'a la servidumbre de la corrupción'. Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia, se realizará: el hombre 'volverá al polvo del que fue formado'. La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad".

De este hecho histórico concreto (y subrayo esta expresión, sobre la que volveré más adelante, frente a la interpretación simbolista del racionalismo) arrancan unas consecuencias permanentes en la humanidad de las que tenemos una constatación en la experiencia humana. "Lo que la revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia. Pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno. Negándose con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompió además el orden debido con respecto a su fin último y, al mismo tiempo, toda su ordenación en relación consigo mismo, con todos los otros hombres y con todas las cosas creadas" (*Gaudium et spes*, n. 13, 1).

La ignorancia y la dificultad para averiguar la verdad son una consecuencia del pecado original. No es propio de la naturaleza humana, tal y como fue concebida, esta "facilidad" para el error y este fatigoso esfuerzo para averiguar la verdad. La mentalidad que se ha ido fraguando a lo largo de la modernidad supone una gran dificultad para apreciar el alcance existencial de un acontecimiento histórico concreto y singular como es el pecado de desobediencia de nuestros primeros padres. Nues-

tra mente moderna tiende a interpretar la narración del pecado original como un mito que tiene, en presente, un mero carácter simbólico: se trata de una especie de narración originaria en la que, en forma de historieta, se intenta explicar un aspecto experimental de la existencia humana, a saber, la experiencia de su finitud y en una especie de desorden constitutivo. Nada más lejos de la verdad cristiana revelada. El pecado original no es ninguna narración mítica, ni tiene ningún carácter simbólico en el cristianismo. Tiene, más bien, la fuerza de lo histórico-singular. La Revelación nos informa de un hecho histórico. Un acontecimiento que ocurrió en un momento dado en los comienzos de la historia humana. Un acontecimiento protagonizado por dos personas concretas, en un lugar concreto, a una “hora” concreta y que consistió en un acto de desobediencia concreto a un Dios vivo y concreto, instigado por un alguien demoníaco. La narración bíblica tiene una fuerza enorme, con la fuerza de la historicidad. Lógicamente, los hechos están narrados con un estilo, con unos modos culturales y con unos fines pedagógicos, doctrinales, etcétera llenos de simbolismos y figuras literarias. Pero el mensaje nuclear histórico de la narración es patente.

Veamos algunas de las palabras de castigo pronunciadas por Dios y descritas en el Génesis:

“Maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga comerás de ella todos los días de tu vida. Te producirá espinas y zarzas, y comerás las plantas del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado, porque polvo eres y al polvo volverás [...] Y el Señor Dios dijo: –He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal; que ahora no extienda la mano y tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre. Así pues, el Señor Dios lo expulsó del jardín de Edén, para que trabajase la tierra de la que había sido tomado. Cuando lo hubo expulsado, puso, al oriente del jardín de Edén, querubines blandiendo espadas flameantes para guardar el camino del árbol de la vida”. (Gn 3, 17-24)

El “ocultamiento de la verdad” y el esfuerzo por encontrarla se enmarca en este contexto de castigo de Dios: la unidad y armonía originaria queda rota por el pecado y a partir de ese momento la tarea humana costará esfuerzo. Todo trabajo humano se realiza con esfuerzo durante toda la vida hasta el momento de la muerte. La existencia humana adquiere un nuevo rostro a partir de la desobediencia inicial. Ya nada será “como estaba previsto” aunque la lógica del amor de Dios hará que la situación posterior de hombre redimido sea aún mejor que la inicial; pero no se puede volver de ningún modo a la situación inicial: el paraíso está definitivamente perdido. Querubines con espadas de fuego guardan la puerta, en una clara alusión a la imposibilidad de la vuelta atrás.

Pero ¿podemos admitir de verdad la imagen de un Dios que castiga? ¿No es una imagen un tanto infantil? ¿Acaso no hemos alcanzado en la historia una etapa de madurez que supera la imagen infantil del castigo? La seriedad moderna pretende haber superado la imagen cristiana del castigo de Dios, propia de explicaciones “poco desarrolladas” del pasado. Nos resulta, una vez más, difícil desembarazarnos de nuestros prejuicios modernos para poder pensar con autenticidad los conceptos clave. De hecho, cada uno de nosotros siente, aunque sea cristiano y profese su fe, la resistencia interior a admitir la realidad de un Dios que premia y castiga. En nuestra actitud interior pesa como un fardo bien atado un modo de pensar no cristiano que se ha ido fraguando con los siglos.

Ha escrito Leonardo Polo: “La Edad Moderna es una restricción de horizontes humanos, que se decide de acuerdo con el criterio de atenerse a lo realizable, a lo que efectivamente puede ser llevado a cabo. Hay, tal vez, cosas en el fondo más atractivas: ¡Ojalá!; pero no están a nuestro alcance. Desde su inicio los movimientos espirituales de la modernidad suponen esta restricción radical”. Hemos asistido durante siglos a la gran crisis del pensamiento humano; crisis que nace en una dejación de derechos y deberes: nace de una renuncia, la renuncia a llegar a Dios; el hombre se queda con la mirada baja, en el suelo de la visión humana, sin tener como referencia a Dios: a Dios no se puede llegar y, por eso, nos quedamos con lo más inmediato que sí podemos controlar. Esa renuncia origina un fondo de tristeza presente en la cultura en toda la modernidad.

Lo que parecía un acto de humildad es realmente un acto de soberbia intelectual, que filosóficamente lo podemos expresar con la palabra racionalismo: la renuncia a lo más alto. La renuncia no es propia del hombre: es lo que clásicamente ha expresado siempre la filosofía: el amor a la sabiduría, la búsqueda siempre inalcanzable, pero irrenunciable de la verdad. En términos absolutos, se podría decir que en el siglo XIV se dejó de hacer filosofía auténtica al renunciar a un conocimiento racional de Dios. Pero esa renuncia es una infidelidad a la verdad más radical del hombre: Dios es la verdad del hombre. La renuncia es, en fin, una negación de Dios. ¿Por qué negar a Dios? Porque así ocupo su lugar: ser un soberano absoluto. Es, en definitiva, un intento de autosuficiencia por parte del hombre. ¿Acaso no es todo el intento de la modernidad la búsqueda de una soberanía absoluta del mundo y del propio hombre?

Esta actitud presente a lo largo de toda la modernidad dificulta en gran medida tener una imagen adecuada de Dios, del hombre y del mundo. Muchas de las cuestiones y objeciones planteadas en la actuali-

dad sobre temas religiosos nacen, en definitiva, de una actitud equivocada o, al menos, conceptualmente pobre.

Desde este punto de vista se entiende mejor la pregunta: ¿Es posible admitir un Dios que castiga? Tras la dificultad que se vislumbra en el trasfondo de la pregunta se esconden una serie de afirmaciones y actitudes que suponen un obstáculo para la aceptación de la verdad revelada. ¿Qué malentendido subyace aquí? En el fondo, se está jugando con un concepto pobre de castigo y con un concepto pobre de Dios, representado por una especie de “bondad bondadosa” que está tan alejado de la verdad cristiana como la imagen de un Dios justiciero y vengador. En la imagen que tengamos de Dios nos jugamos la existencia. Realmente el gran reto para el pensamiento, que viene dado por la Revelación, es la posibilidad de pensar un castigo como manifestación de la bondad de Dios. Y, sin embargo, todos tenemos experiencia de que, en verdad, el castigo sólo puede proceder de alguien que me quiere. Un castigo sólo tiene sentido en el ámbito de una relación personal marcada por el amor; y fuera de ese ámbito no existe el castigo, sino realidades que nada tienen que ver con él: odios, venganzas, rencores, envidias. A su vez, se tiende a ver el castigo como una acción arbitraria e impuesta por Dios desde fuera, cuando, en realidad, no es sino la consecuencia inevitable de las propias acciones, como el que se ahoga porque, no sabiendo nadar, ha decidido lanzarse al agua. El mundo creado por Dios es algo real y sólido, tiene su propia lógica; la libertad del hombre es, asimismo, algo real y “sólido”: uno verdaderamente conforma su vida desde sus propias decisiones. Por último, nos resulta difícil asumir el castigo como ayuda. Nos resulta difícil aceptar que hay una pedagogía que sustenta todo lo que ocurre. La historia de la Redención es, en definitiva, la gran revelación donde se manifiesta la profunda pedagogía de Dios: el amor hace cosas así.

Todas estas perspectivas hay que tomarlas en consideración si queremos valorar y entender en su justa medida la realidad del oscurecimiento de la verdad y el esfuerzo que representa su hallazgo para el hombre.

### *El ocultamiento de la verdad como tarea para el hombre*

(“... y gloria de los reyes escrutarla”).

“Esta noche, al amanecer, a la hora de los sueños, también yo he tenido uno. ¿Qué es lo que en él ocurría? Ya no lo sé, pero se decía algo, y tampoco sé ya si se me decía a mí o si era yo quien lo decía. En todo caso en el sueño se decía que cuando el hombre nace se le entrega una palabra, y era importante lo que esto significaba: no era sólo un talento

sino una palabra. Ésta es pronunciada en el interior de la esencia del hombre y es como la palabra clave para todo lo que posteriormente sucede; es a la vez fuerza y debilidad, mandamiento y promesa, protección y amenaza. Todo lo que acontece en el decurso de los años es consecuencia de esta palabra, es su explicación y realización. Y todo depende de que aquel al que ésta le ha sido dicha (todo hombre, ya que a cada uno se le dice una), la comprenda y esté de acuerdo con ella. Y quizá sea esta palabra el fundamento de lo que un día el Juez le dirá”. (Romano Guardini, *Apuntes para una autobiografía*).

Buscar la verdad es, en definitiva, la tarea única del hombre en su existencia. Y en esa búsqueda consiste su grandeza. Y su miseria consiste en renunciar a la búsqueda. El gran fracaso humano sería la renuncia completa a encontrar la verdad: sería la renuncia a su propia llamada, la renuncia a aquello que constituye su más íntima esencia. Dice Juan Pablo II: “... siempre es la verdad la que influye sobre su existencia; en efecto nunca podría fundar la propia vida sobre la duda, la incertidumbre o la mentira; tal existencia estaría continuamente amenazada por el miedo y la angustia. Se puede definir, pues, al hombre como *aquel que busca la verdad*”. Se busca la verdad en todos los órdenes de la existencia. Se busca la verdad teórica y la verdad práctica. Se busca la respuesta a los interrogantes fundamentales sobre la existencia y, también, la explicación racional y científica de los procesos naturales. Se buscan los criterios adecuados para orientar la conducta. Se busca la verdad personal: se busca amar y ser amado. Cuando encuentro un amor grande, forma parte éste sin duda de la verdad, de la verdad que explica y desvela el misterio de mi existencia.

Y en este punto nos encontramos con el problema central del momento presente: la modernidad, al dejar de lado el conocimiento de Dios, empobreció de manera inexorable y paulatina su conocimiento del mundo y del hombre. Si, como señalaba Kant, podemos afirmar que todo se reduce en última instancia a los conceptos (ideas) de alma, mundo y Dios, es evidente que el destino de los tres va unido: a una imagen de Dios, corresponde una imagen del mundo y una imagen del hombre. Sostengo que a un abandono de Dios, corresponde un abandono del mundo y del hombre. Y ésta es la característica fundamental del pensamiento occidental en los últimos siete siglos. En la actualidad, carecemos realmente de una imagen verdadera del mundo y del hombre, porque carecemos de un conocimiento válido de Dios. El pensamiento cristiano es aquel que busca la verdad teniendo a Dios como punto de referencia: aquel pensamiento que investiga con la razón la realidad iluminada con la poderosa e insustituible luz de la Revelación. No se puede prescindir de la ayuda de la Revelación: se puede desconocer; pero, una vez conocida, dejarla de lado es una decisión

de la voluntad que implica al entendimiento. Aquí hay que evitar la falsa humildad que es soberbia intelectual: “no puedo llegar a Dios y por eso lo dejo” significa realmente: “no estoy dispuesto a intentar una tarea que no depende exclusivamente de mí, es decir, de la que no soy dueño y señor”. El “no puedo” que martiriza al pensamiento ocultamente engreído es, en el fondo, un “no puedo solo”. Admitir que no puedo sólo es un acto de humildad intelectual que constituye al hombre en la verdad de su condición de criatura y, por tanto, un ser esencialmente dependiente. Esta esencial dependencia no coarta al entendimiento humano, sino todo lo contrario: lo impulsa hacia los más altos objetivos. Como señala Juan Pablo II en la Encíclica: “La Revelación introduce en la historia un punto de referencia del cual el hombre no puede prescindir, si quiere llegar a comprender el misterio de su existencia; pero, por otra parte, este conocimiento remite constantemente al misterio de Dios que la mente humana no puede agotar, sino sólo recibir y acoger en la fe. En estos dos pasos, la razón posee su propio espacio característico que permite indagar y comprender, sin ser limitada por otra cosa que su finitud ante el misterio de Dios. Así pues, *la Revelación introduce en nuestra historia una verdad universal y última que induce a la mente del hombre a no pararse nunca*; más bien la empuja a ampliar continuamente el campo del propio saber hasta que se dé cuenta de que no ha realizado todo lo que podía, sin descuidar nada”.

Realmente, sin la mirada puesta en Dios, no se puede tener una imagen correcta de la realidad: la autonomía de la fe y la razón no se pueden ni se deben entender como separación y aislamiento: salen las dos perjudicadas. Lo señala con gran claridad Juan Pablo II: “El mundo y todo lo que sucede en él, como también la historia y las diversas vicisitudes del pueblo, son realidades que se han de ver, analizar y juzgar con los medios propios de la razón, pero sin que la fe sea extraña en este proceso. Ésta no interviene para menospreciar la autonomía de la razón o para limitar su espacio de acción, sino sólo para hacer comprender al hombre que el Dios de Israel se hace visible y actúa en estos acontecimientos. Asimismo, *conocer a fondo el mundo y los acontecimientos de la historia no es posible sin confesar, al mismo tiempo, la fe en Dios que actúa en ellos. La fe agudiza la mirada interior* abriendo la mente para que descubra, en el sucederse de los acontecimientos, la presencia operante de la Providencia [...]. La razón y la fe, por tanto, no se pueden separar sin que se reduzca la posibilidad del hombre de conocer de modo adecuado a sí mismo, al mundo y a Dios”.

¿Qué es lo que pasa en la actualidad? Una pobreza conceptual muy grande y una gran desorientación, que tiene su origen en un alejamiento cultural progresivo de Dios. Alejamiento que tiene su origen

en una decisión tomada por algunos pensadores en el siglo XIV. Es la decisión de no reconocer la dependencia esencial del hombre respecto a Dios: en definitiva, es el “seréis como dioses” de los orígenes de la historia humana que dificulta el conocimiento de Dios, del hombre y del mundo. Esto, como es evidente, no determina la historia personal de cada hombre en su relación con Dios, pero sí influye culturalmente en todo hombre: sus modos de pensar, querer y sentir; en este sentido, se puede hablar de épocas, sociedades, culturas más o menos cristianas, más o menos cerca de la verdad. Dice Juan Pablo II: “Según el Apóstol, en el proyecto originario de la creación, la razón tenía la capacidad de superar fácilmente el dato sensible para alcanzar el origen mismo de todo: el Creador. Debido a la desobediencia con la cual el hombre eligió situarse en plena y absoluta autonomía respecto a Aquel que lo había creado, quedó mermada esta facilidad de acceso a Dios creador”.

Y aquí se abre el apasionante panorama para el pensamiento cristiano: la elaboración de un genuino saber acerca de Dios, del hombre y del mundo en el tercer milenio. Todo un ejercicio de audacia de la razón en obediencia a la fe. Podríamos sintetizar este planteamiento en los siguientes puntos que, a mi juicio se pueden ver reflejados en las páginas de la Encíclica:

1. El pensamiento actual general, que es un pensamiento desgajado del cristianismo, es un pensamiento conceptualmente pobre.
2. El error fundamental del pensamiento moderno, no-cristiano, es, sobre todo, la cortedad de aspiraciones (la llamada de Juan Pablo II a la audacia de la razón es insistente en la *Fides et Ratio*).
3. Sólo un pensamiento cristiano está capacitado para dar respuesta definitiva a todos los interrogantes del hombre.
4. El pensamiento actual sólo puede avanzar hacia la verdad en un diálogo auténtico con la Revelación.
5. La fe cristiana está debilitada por la debilidad del uso de la razón (si no pienso bien, tampoco creo bien).
6. El pensamiento actual, no-cristiano, nace en un momento histórico preciso y tiene su origen en el empobrecimiento de una genuina filosofía cristiana y en un proceso de desintegración a partir de ésta. Todo lo valioso que hay en los planteamientos modernos tiene su raíz en dicha filosofía. El desarrollo de la ciencia y de la técnica que ha habido nace de un punto elevado de pensamiento cristiano que Occidente había adquirido en el siglo XIII d.C.: este progreso moderno es la inercia de aquel pensamiento y el desarrollo, como diría Leonardo Polo, de algunas de las alternativas abiertas por él.

7. El progreso científico-técnico al que hemos asistido es un progreso pobre respecto al que podría haber sido sin el abandono paulatino de Dios por parte de la cultura occidental.

8. El punto de inflexión (s. XIV: Baja Escolástica, crisis nominalista) se produce como consecuencia de un acto de soberbia intelectual (tendencias racionalistas de algunos autores de esa época y que marcaron el rumbo posterior del pensamiento occidental).

9. Todos los patrones intelectuales que manejamos en la actualidad (esquemas mentales) son pobres (han sufrido un proceso de empobrecimiento desde que la Revelación dejó de ser el punto de referencia del pensamiento occidental y se negó la posibilidad teórica de Dios): libertad, amor, eficacia, vida, inteligencia, sentimiento, autonomía, progreso, abstracción, sentir, ver, hombre, Dios, muerte, sexualidad, etc.

10. El pensamiento cristiano tiene que elevar todo lo humano a la altura de su dignidad. El “*sapere aude*” es algo válido, enraizado en lo más profundo del espíritu humano. Sólo necesita el enfoque adecuado para no fracasar. Esta elevación se produce sólo en relación con Dios: la elevación de la racionalidad se producirá sólo en contacto con la Revelación (elaboración de una genuina filosofía cristiana).

Estos seis siglos han sido una “buena experiencia”: la experiencia del fracaso del hombre sin Dios. Con esta experiencia, al pensamiento cristiano se le abre el reto de pensar toda la realidad desde la perspectiva de Dios. Como señala Romano Guardini: “... si nos decidimos a hacer esto, a mirar el mundo desde la altura de la auténtica fe, ¿qué veremos? ¿No se producirá una transposición de todas las cosas? ¿Una inserción en contextos nuevos, procedentes de Dios, y, por consiguiente, una nueva fijación de los fines? ¿No sobrevendrá un cambio de proporciones, una relativización de las magnitudes, una “inversión de los valores”? Contemplada desde la perspectiva de la experiencia y de la razón naturales, ¿no aparece como extremadamente problemática esta imagen del mundo, dado que en ella se presentan como seguras y valiosas muchas cosas que no lo son en el ámbito natural, e, inversamente, quedan puestas en duda otras cosas que, vistas desde nosotros, aparecen como seguras y deseables? Si vemos así las cosas desde el punto de vista del Dios que otorga la revelación –intentemos imaginar una vez cómo vio Jesús el mundo, cómo lo vieron Pablo y Juan–, ¿qué ocurre entonces con el mundo? ¿Qué sucede cuando se lo ve desde la cruz? ¿Soportaremos esa mirada? ¿Podremos mantener como imagen correcta del mundo la que esa mirada nos proporciona? ¿Podremos hacerla nuestra, aunque la mirada humana meramente natural se oponga a ella con su poderosa evidencia? ¿O la rechazaremos como escándalo y locura? ¿O bien la reduciremos insensiblemente a una visión estética, práctica y racional?”.

“Es gloria de Dios ocultar una cosa, y gloria de los reyes escrutarla” (Prv 25, 2). La grandeza del hombre está en esta tarea: ¿Será capaz el hombre del siglo XXI, del siglo que será cristiano o no será en modo alguno, renunciar a la autosuficiencia en el conocimiento? El hombre tiene su grandeza sólo en Dios. ¿Será capaz el hombre de no renunciar a su propia grandeza?